



José María Morelos

1775-1815

DICTAMEN

PRIMER CONGRESO CONSTITUYENTE | 30 VI 1823

DECRETO

PRIMER CONGRESO CONSTITUYENTE | 19 VII 1823

Tempestad y calma en honor de Morelos

10

Carlos Pellicer*

Imaginad:

una espada

en medio de un jardín

Eso es Morelos

Imaginad:

una pedrada

sobre la alfombra de una triste fiesta.

Eso es Morelos

Imaginad:

una llamada

en almacén logrado por avaricia y robo.

Eso es Morelos

Nota: MIGUEL HIDALGO | IGNACIO ALLENDE | JUAN ALDAMA | MARIANO ABASOLO | JOSÉ MARÍA MORELOS | MARIANO MATAMOROS | LEONARDO BRAVO | MIGUEL BRAVO | HERMENEGILDO GALEANA | JOSÉ MARIANO JIMÉNEZ | FRANCISCO XAVIER MINA | PEDRO MORENO | VÍCTOR ROSALES. Véase decreto de fecha 19 de julio de 1823, p. 85

*Texto tomado de *Morelos*, Álbum publicado por Antonio Rivapalacio López, Cuernavaca, Morelos, 1990.

Ya tengo las imágenes pero no las palabras.
Pero hay aceros, y piedras, y llamas.
Porque nada hay más hondamente hermoso
para el humano oído, que la palabra.
Si las palabras vinieran para decir: Morelos,
vendrían ocultas en esos nubarrones de piedra
que a unos cuantos kilómetros nos miran:
La tempestad de rocas de Tepoztlán, vecina,
el huracán de piedra de Tepoztlán, que avanza,
esas gargantas que vociferan árboles,
esos peldaños a pájaros y lluvias
cuando pasa la noche de resonantes piedras
y el sol sacude el sueño de la luz, allá arriba.

Aún hay aceros. Y piedras. Y llamas.
Ésta es la hora de las palabras
terriblemente cristianas.
Las que hieren, las que arden, las que aplastan.
¡Ah! ¡Si yo pudiera arrojar mi corazón
y provocar un grieta en la montaña!
¡Hablar en piedra y escribir en llamas!
La espada silenciosa que abrió el cerrado pecho:
ni un corazón que surja: todo estaba desierto.
La zumbadora piedra que el cuerpo ha derrumbado:
era sólo una cáscara y polvo dentro de ella.
El siempre fuego que a la ciudad ardió:
halló sólo papeles, y el humo, no duró...
Éstas son las palabras terriblemente buenas,
palabras vivas, hechas de llamas sobre las piedras.

Grité ¡Morelos!, hace quince años desde las rocas de Tepoztlán.
¡Olor a Cuautla! Y entre palmeras hechas laureles
salté al abismo del heroísmo; grité ¡Morelos!
Y vi la tierra abajo desde el verde azul.
Y unas botas sin ruido lo estremecieron todo
y sudaba una frente su pañuelo de luz.
Grité ¡Morelos! Hace quince años en Acapulco.
Y clamoroso mar me atropelló.
Una raya de verde movida en cuatro azules
espiral rumor blanco dentro della enrolló.
Y un trueno hizo caer el roble de los vientos.
Y oí en mí mismo cuando mi pecho gritó ¡Morelos!
Y a un alto en mis arterias fue mi sangre a parar.
Bajar del monte, querer el mar.
Vivir con pocas palabras;
pero en cada palabra tener una tempestad.
Ah, si yo pudiera haberlas dicho,
acero, piedra, llama.

Gritar Morelos y sentir la flama.
Gritar Morelos y lanzar la piedra.
Gritar Morelos y escalofriar la espada.
Tu fuiste una espada de Cristo,
que alguna vez, tal vez, tocó el demonio.
Gloria a ti por la tierra repartida.
Perdón a tu crueldad de mármol negro.
Gloria a ti porque hablaste tu voz diciendo América.
Perdón a tu flaqueza en el martirio.
Gloria a ti al igualar indios, negros y blancos.
Gloria a ti, mexicano y hombre continental.

Los insurgentes

Gloria a ti que empobreciste a los ricos
y te hiciste comer de los humildes,
procurador de Cristo en el Magnificat.
Gritar Morelos
Es escuchar la gloria y sentir el perdón.

20

Un muchacho, de pie, que ha trabajado
de sol a sol, reclina su costado
contra un árbol tan grande que parece
que el cielo abarca y que la tierra crece
en su horizonte azul, tras otro azul nublado.

Masca las hojas tiernas de un retoño
que arrancó sin querer. Cielo de otoño
nubes enormes pinta y abandona.
Un aire de esplendor y de corona,
alrededor del campo.
¿Qué mira que no ve? La luz enciende
dos luces en sus pies, y lo suspende.
Con los ojos clavados, sangró su pensamiento.
El campo agranda la quietud del viento
que a flor de soledad silencio tiende.

De cuando en vez levántasele el pecho
y aun el cercano techo
ligeramente se conturba. Sube
ya en la última nube
ese rumor de corazón maltrecho.
Un suspiro en la tarde siempre aclara
ese otro atardecer que nos separa.

Habla y no se le escucha,
cual si moviera labios de muy lejos.
Inmóvil, y así sé que lucha
tal una sombra herida por espejos.

Por entre la camisa
blanquea su persona.
Y es negra por exacta su sonrisa
cuando la luz declárase campeona
como en plena mitad Cádiz de misa.
La luz, que sombras lentas ocasiona,
cuelga los papelitos de la brisa
y así el final de su presencia acciona.

¿Qué mira que no ve joven campestre?
Tiene la cicatriz de un día ecuestre:
una bestia y un árbol. Algún día
la yegua enrojecida del combate
sentirá su talón, y su acicate
poderoso, será fuerza que guía.

Bajo un árbol inmenso
crece un varón. Después olerá a incienso,
luego a pólvora. De pronto en una estrella
brilla la voz de Dios. Y en el intenso
anochece, palabras que maduran huella
salen del joven criollo con silencioso ascenso.
La tarde se abrió el pecho y le acercó su estrella.

[Cuernavaca, 9 de mayo de 1946]